

La Ilustración Artística

Año XXX

BARCELONA 30 DE OCTUBRE DE 1911

Núm. 1.557

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1911



LA CARTA DE ISLANDIA, cuadro de Virginia Demont Bretón

Esta notable pintora francesa ha hecho un estudio profundo del modo de ser de la población marinera de Bretaña; sus cuadros, inspirados casi siempre en cosas y gentes de mar, son páginas de la vida real y en todos ellos admírase un sentimiento que sólo puede expresar el artista cuando se ha identificado con el alma de aquellos que le han servido de modelo. Desde este punto de vista, *La carta de Islandia*, hermosa ya por su factura, es una nota de ternura y delicadeza incomparables; los rostros y las actitudes de esos personajes tienen una fuerza de expresión que demuestra la intensidad con que la artista ha sentido el asunto y la maestría con que ha sabido trasladarlo al lienzo.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El mendigo*, por Marcelo Prevost. — *Flores de la Exposición del Retrato Italiano*. — *La revolución china*. — *Guerra de Italia contra Turquía*. — *Madrid. Exposición de Arte Decorativo*. — *Barcelona. Salón París*. — *La coleccionadora* (novela ilustrada; conclusión). — *El enigma de la calle de Cassini* (novela ilustrada). — *España en Marruecos*. — *Desolación*, escultura de R. Atché.

Grabados.—*La carta de Islandia*, cuadro de Virginia Demont Bretón. — Dibujo de Sardá que ilustra el cuento *El mendigo*. — *Estatua de Frithjof, el héroe noruego*, obra de Max Hüniger. — *El relevo*, dibujo de Fernando Gold. — *El papa Clemente IX*, retrato pintado por Baciccio. — *Federico Guillermo de Brandeburgo*, retrato pintado por S. Bombelli. — *La duquesa de Corigliano*, grupo de retratos pintado por Angélica Kauffmann. — *Guerra de Italia contra Turquía* (varias fotografías). — *Maniobras del ejército chino modernizado*. — *Madrid. Exposición de Arte Decorativo*. — *La familia real en el solemne acto de la inauguración*. — *Varias instalaciones*. — *Yuan-Shi-Kai, estadista chino*. — *Pu Yi, emperador de China*. — *El Dr. Sun-Yat Sen, jefe de la revolución china*. — *Barcelona. Salón París. Nueva exposición*. — *España en Marruecos. Campamento de caballería en Ishafen*. — *Melilla. El público esperando el paso del entierro del general Ordóñez*. — *Desolación*, escultura de Rafael Atché.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La primer embestida del invierno suele ser cruel. Hay bastante gente que vive bajo la presión de enfermedades crónicas, las cuales en el verano, parecen dormirse, esconder las garras, dar un momento de reposo y de optimismo a los pacientes. La temperatura es grata, los días son largos y hermosos, la función de la piel se normaliza y activa, hay en el aire bondad, sonrisas e indulgencia. Pero ahí viene el soplo frío; un estremecimiento recorre la epidermis; una ventana se bate, porque entró una ráfaga de vendaval; las hojas, en vals loco, giran sobre la arena de las calles del bosque; las castañas, de gabán obscuro forrado de pelús, blanquecina, cuecen en la arropada olla... ¡El invierno, el duro viejo de todos los años, ya llegó, con sus barbas de nieve! Y los enfermos empiezan a sufrir: no hay para ellos noche tranquila: cuentan las horas que dan los lentos relojes, con ansia de que amanezca...

Molestado por un padecimiento al corazón, el Padre Coloma, desde hace unos días, está en peligro de muerte. A la hora en que esto escribo, acaba de traerme la prensa la noticia de que se ha agravado. Se teme el colapso, que suele desenlazar esta clase de afecciones. Sin embargo, el corazón, en todos los terrenos, engaña mucho. Es, me decía un eminente facultativo, el órgano cómico, el histrión: finge sin cesar. Hay en los males cardíacos verdaderas resurrecciones. Puede salvarse el ilustre jesuita; quíeralo Dios.

El Padre Coloma es un escritor que tiene un público fiel: desde su novela *Pequeñeces*, ese público creció como la espuma, y no le olvida, a pesar de que el Padre Coloma produzca muy poco, relativamente, en los veinte años que hace que la discutidísima obra vio la luz. Alarmado sin duda por el extraordinario estrépito que su libro armó, por tantas discusiones y tantos absurdos como a propósito de él fueron enviados a las prensas sufridoras, no volvió el Padre Coloma a pulsar la cuerda satírico-social: estudios históricos que tienen el encanto de la ficción, sobre María Estuarda; sobre D. Juan de Austria; una narración más bien azul, *Boy*; un volumen sobre la Santa Duquesa; y ahora, según mis noticias, un tomo en preparación acerca del Cardenal Cisneros, fueron los trabajos que entretuvieron este período de la vida de un hombre, sin género de duda, aficionadísimo a las letras, y que, a no vestir la sotana de Loyola, hubiese sido asiduo concurrente a lo que se llama círculos literarios..., si no es que, convencido de que todos se han transformado en círculos más ó menos políticos en los que la literatura ya ni se menciona, se hubiese encerrado en su gabinete de estudio, a escribir libremente novela sobre novela.

La afición a las letras, en el Padre Coloma, procedía de los tiempos de su juventud, cuando frecuentaba el trato de la simpática novelista y costumbrista Fernán Caballero, a la cual acaba de dedicar un libro, lleno de amenidad y de detalles interesantes sobre tan insigne mujer. Fernán Caballero era muy buena amiga; hasta puede decirse que amiga apasionada. Cuantos frecuentaron su casa y gozaron de su amistad, hablan de ella con tierna veneración. Es decir, hablaban..., porque, me doy cuenta de esta circunstancia melancólica: han muerto la mayor parte, y el Padre Coloma está con el pie en el estribo. Fernando de Gabriel, Luis Vidart, D. Juan de Quiroga, los tres a quienes yo llamaba «la herencia de Fernán» eran elocuentes en el capítulo de rasgos de cariño y ternura de la encantadora anciana. En el oca-

so de su vivir, que fué largo, Fernán tuvo el arte de no contraer manías de mujer vieja, de no ser áspera ni malévol, de no secarse por dentro—ya que la naturaleza, implacable, seca el cuerpo y arruga la piel;—y una aureola de poesía, algo que todavía era hechizo femenino, a pesar de los estragos del tiempo, rodeaba a Fernán y se reflejaba en lo que de ella decían sus asiduos. El Padre Coloma no era de los menos prendados de Cecilia. La miraba como a una madre, pero madre sonriente, benigna, rebotante de una indulgencia que no se parece a la laxitud, pues la influencia de Fernán fué sana, y su contacto, moralizador. Diciéndole yo al Padre Coloma, este año, que los amigos heredados de Fernán ya no existían, respondíome con esa cortesía de buen gusto que persistió siempre en él, sobre el baño de austeridad de la vida religiosa: «No han muerto todos, y le ruego a usted que me incluya en la herencia de Fernán.»

¡Por poco tiempo, lo temo! La primera vez que hablé con el Padre Coloma, en Chamartín, era un hombre todavía joven, pálido, como macerado, de sienes hundidas. Y al volver a verle, encontré cambiado el color de su cara: tintes rojizos y violáceos indicaban los trastornos de la circulación. Se quejaba, declarando que le era difícil trabajar seguido, por el estado de su salud. Todos los años iba a Cestona, una temporada. Sin embargo, no creíamos que fuese tan serio su mal. ¡Las sorpresas del invierno! ¡El primer ramalazo!

* * *

Y no ha sido el invierno el que nos robó otra vida preciosa. Salvador Ordóñez ha caído en el campo de la gloria, como lo que era: soldado y patriota hasta la última fibra de su cuerpo y el último aliento de su espíritu. Toda la línea de su conducta le llevaba hacia este paso, ó hacía un memorable triunfo. Había nacido con la tendencia heroica, militar a la moderna por sus estudios, y al mismo tiempo amateur del combate como un soldado del tercio viejo de Flandes. España está de luto por este español insigne, que, perdónese el galicismo, muere sin dar la medida de su valer y de su capacidad.

Salvador Ordóñez, sin desviaciones ni desfallecimientos, se había consagrado a la patria. No le impulsaba ningún otro móvil: sin su carrera podía vivir desahogadamente. Notad que, en el momento presente, la Diosa Patria tiene muchos ateos, unos francos, otros disimulados, y éstos son probablemente los peores. Entregado a los arduos estudios que exige la ciencia militar en su actual etapa, Ordóñez no olvidaba que, además de la consagración de cada momento, había que estar dispuesto a otra cosa, a lo decisivo, sin regatear, sin acordarse de ello siquiera. Si la paz se prolongaba, a inventar un cañón, a corregir un obturador, a calcular sistemas de fortificación; cuando la ocasión llegase, ser el primero en ofrecer la sangre, el primero en buscar el peligro. Una fiebre le consumía, cuando no estaba donde hubiese guerra. Voluntario fué a la campaña de Cuba, y de allí volvió, arriado nuestro pabellón, cojeando de las heridas, y con una amargura que disimulaba generosamente, porque, como tan buen soldado, sabía que no hay que dar quejas, ni jactarse, y que su participación en aquellos sucesos luctuosos, por ser tan honrosa, por lo mismo, no era para proclamada.

También es virtud militar el silencio, cuando la locuacidad sería gloriarse, y con harta razón. Rehuía las conversaciones referentes a la dolorosa página; pero siempre se trasluce la verdad, por mucho que la velen; lo que no se trompetea, se susurra de oído a oído... Y para los que estábamos un poco mejor informados que la distraída muchedumbre, la discreción del vencido y no rendido era motivo de respeto.

Me acuerdo de que, por entonces, vi en casa de un anticuario una placa de loza de Sargadelos, bello ejemplar, de las que se cocieron en la antigua fábrica, en conmemoración de la defensa del Parque de Madrid por Dacíz y Velarde, contra los franceses. Es una *nuance* psicológica; es un matiz; yo no me hubiese decidido a recomendar su adquisición sino a una persona como Ordóñez. En su despacho, estaba la placa bien. Los artilleros del Parque, los vencidos de aquella jornada, se encontraban a gusto, de cierto, en la buena compañía del que acababa de volver de las Antillas sin morir por que no lo quiso la muerte, y con todo perdido, excepto la honra.

En la guerra del año 9, hizo los imposibles Ordóñez por no faltar de allí, y no pudo conseguirlo. Se ofreció a ir sin la menor ventaja, con todas las molestias: el caso era ir: el caso era pisar el suelo que se nos disputaba. Su alegría fué grande, al realizar ahora el sueño. Tenía sesenta y seis años, y parecía un niño, un tenientillo recién salido de la Academia, en la gozosa rapidez con que dispuso el viaje. Es

verdad que todas sus acciones eran prontas, de una viveza y actividad inverosímiles, lo cual sin duda es prenda de capitán, porque las resoluciones en la guerra, tienen que tomarse sin titubear, y es una de las razones por las cuales Hamlet y Napoleón son incompatibles. Iba Ordóñez loco de contento, con la ilusión de señalarse, con aquella noble ambición que Dante calificó de «*gran disio de l'eccelesenza*»; y por lo menos no murió sin realizar en parte sus anhelos: la acción dirigida por él fué una victoria. Vió las doradas alas del numen, antes de ver las sombrías márgenes del río de los muertos.

Todavía se discute, verbal y periodísticamente, acerca de las causas de que Ordóñez cayese no en la confusión y furia de una lid empeñada, sino en un momento en que no parecía posible que corriese tanto riesgo su vida. ¿Fueron balas de esas que un tirador emboscado envía traidoramente, pero sabiendo a quién, apuntando precisamente al general? ¿Fueron disparos a la ventura, sencillamente dirigidos hacia un grupo de cristianos que se movían? ¿Es cierto que hubo una casa que el general hizo desalojar, pero omitió destruir, y que de allí partieron los tiros? ¿Hallábase ó no Ordóñez donde era imprudente hallarse? Yo no entiendo de estas cosas; me parece difícil, en la clase de guerra que tenemos que hacer en el Riff, no exponerse; y cuando se profesa tan absoluto desdén del riesgo, se puede cometer una imprudencia, inconscientemente, porque en Ordóñez no cupo fanfarronada. Sea lo que fuere, el final de la noble carrera recorrida por Ordóñez en tiempo de paz y en lances de guerra, es digno de él, y el daño mayor, el de la patria, que pierde a tal hijo...

En la Exposición de 1900, encontré al general Ordóñez recorriendo pabellones, y me acompañó a ver uno, que acaso sin esta circunstancia no se me hubiese ocurrido examinar; el de los *Ejércitos de mar y tierra*. Si la casualidad no hace que encuentre al general aquel día, no hubiese escrito el capítulo titulado *Belona*, en el libro *Cuarenta días en la Exposición*, donde describo, naturalmente sin entrar en detalles, una instalación realmente digna de ser vista.

Aquello era realmente un vasto Museo, al cual Alemania, con su habitual previsión defensiva, no envió sino lo conocido, guardándose mucho de exponer las novedades. Mientras recorriamos las salas, en las cuales se exhibía desde el fusil de chispa hasta las últimas mezclas detonantes, por natural pendiente la conversación giraba sobre la guerra, su necesidad, su perpetuidad, mientras exista la raza humana—variando las formas y persistiendo la esencia.—Y otro tema no muy grato, que no fuimos capaces de ver por su lado humorístico nos lo dió aquella instalación de España, que en el libro describí. Era el envío de España una cristalera como de tres metros de alto, en cuyas estantes se acomodaban holgadamente tres roses, doce condecoraciones y quince ó veinte puños de espadas y sables de honor. A derecha é izquierda de la cristalera, dos mapas con los uniformes del ejército español, entre los cuales figuraban todavía los de las fuerzas de Cuba, que habían perdido hacía dos años. Por otra parte, las mismas condecoraciones y puños de espada que figuraban pomposamente en la cristalera, no eran de fabricación española...

Y vi que Ordóñez se ponía colorado, y torcía la cabeza.

—¿Ve usted?

—Veo..., veo.

Sin más comentarios, salimos del pabellón, cari-acontecidos. «Lo triste—dije, comentando aún la impresión—es que hay, de seguro, entre ustedes, gente de valer, gente llena de capacidad, y no se le encomiendan estas cosas. ¡Porque España estará muy caída, pero esa instalación nos lleva al reino de la nada! Es para achicar el alma al que la tenga mejor puesta...»

Comprendió la alusión, y con la vivacidad juvenil que conservaba en años maduros, hizo un gesto de desdén, murmurando:

—¡Qué quiere usted! La vida se dedica a un fin, y si no depende de nosotros conseguirlo, no tenemos culpa. Yo jamás perderé la esperanza: ahora hace poco estuve en Alemania, estudiando cuestiones de mi carrera... No tengo que saber lo que sucede, sino lo que a mí me corresponde. Lo demás, sería perder tiempo. Un día hemos de morir: ese día, haber cumplido.

Las palabras, secas, pronunciadas con entonaciones uniformes, poco oratorias, contrastaban con el ambiente de la feria mundial, con los olores de cocina y las músicas de zingaros... Y las recuerdo ahora. Ha cumplido, más aún que como bueno, como excelente, con su patria, Salvador Ordóñez.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL MENDIGO, CUENTO DE MARCELO PREVOST (I), dibujo de Sardá



Susana acercóse á él de puntillas y echó en el sombrero una monedita de oro

Se trata de una historia sutil y tenue, tan tenue, que temo, al fijarla en el papel con palabras escritas, quitarle su gracia delicada, su leve sabor. ¿Por qué, pues, cuando nos fué referida una noche en una estancia lujosa por la encantadora mujer que de ella es la heroína, produjo en todos nosotros una impresión tan tenaz, que ha llegado á ser, en ese rincón de la sociedad parisiense, una de esas historias clásicas, patrimonio de cada grupo social y cuya alusión es siempre comprendida y celebrada? Tal vez porque fué un paréntesis luminoso en los chismes de adulterio, en las frivolidades de política y de literatura; acaso también porque así como una actitud, un gesto, bastan á veces para hacernos adivinar debajo de un vestido todo un cuerpo femenino, así también, en ocasiones, son suficientes unas pocas frases sinceras, dichas por una mujer, para poner enteramente al desnudo su alma.

Habíase hablado de las incitaciones misteriosas, hoy clasificadas y denominadas por la ciencia y de hoy contadas personas están exentas, que impulsan invenciblemente á unos á contar las flores del papel pintado que cubre las paredes de una habitación, ó los volúmenes de una biblioteca, es decir, todo lo que es sumable á los ojos; á otros á imponerse la tarea, mientras caminan á lo largo de una acera, de llegar á tal farol antes de que les haya alcanzado un coche que marcha detrás de ellos, ó an-

tes de que un reloj haya dado la última campanada; y á otros finalmente á imponerse cada noche, antes de acostarse, extrañas obligaciones de arreglar objetos ó de visitar alacenas y arcas; en suma, de todas esas enfermedades ligeras de nuestro cerebro contemporáneo, migajas de monomanía y de iocura transmitidas de herencias en herencias y dispersadas entre toda la vieja humanidad. Y todos nosotros confesábamos nuestras debilidades, nuestras ridiculeces de monomaniacos, tranquilizados por la confesión de los demás y encantados de encontrarlos semejantes á nosotros, peores aún que nosotros.

**

Sólo una señora joven nada había dicho; nos escuchaba con cierta expresión de sorpresa pintada en su semblante apacible, que orlaban unos cabellos hermosamente negros y perfectamente peinados.

—¿Y usted, señora, le preguntaron, está usted indemne de nuestras manías modernas? ¿No tiene usted la más mínima miseria nerviosa que confesar?

Pareció buscar sinceramente entre sus recuerdos y con la cabeza hizo signos negativos. Comprendíamos que decía la verdad, de tal modo lo que de ella se veía y se decía, su reposada conducta y su fama de esposa intachable la distanciaban de las muñecas mundanas que acababan de confesar su vida desordenada.

Pero sin duda su modestia se asustó de ostentar una indemnidad tan absoluta cuando todos los demás habían hecho confesión de sus miserias, pues en seguida se rectificó:

—No puedo decir que acostumbre yo sumar números de coches de punto, ni hacer el inventario de todos mis armarios antes de acostarme... Sin embargo, el otro día sentí algo que tiene bastante analogía con esto de que ustedes están hablando, si no he comprendido mal..., una especie de impulso interno, una fuerza que obliga á realizar inmediatamente un acto indiferente como si en ello le fuese á uno la vida.

Le pedimos aquella historia, que refirió amablemente y como pidiendo perdón por ocupar la atención ajena con tan insignificante aventura.

**

—He aquí, en pocas palabras, lo que me sucedió, hace cinco ó seis días. Había salido con mi hija Susana, ya la conocen ustedes, que tiene ocho años; la acompañaba á su colegio, y como hacía un día hermoso, decidimos ir á pie, por los Campos Elíseos y los bulevares, desde mi casa á la calle de Laffitte. Caminábamos charlando alegremente, cuando, al llegar á la plazoleta, un lisiado, bastante joven, se nos puso delante sin decirnos nada. Yo llevaba mi sombrilla en la mano derecha y con la izquierda me aguantaba la falda; confieso que no tuve paciencia para detenerme y sacar mi portamonedas, y proseguí mi camino sin dar nada al pordiosero.

»Continuamos bajando por los Campos Elíseos. Susana había enmudecido de pronto y yo misma, sin saber por qué, tampoco tenía ganas de hablar; estábamos ya en la plaza de la Concordia y desde

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

nuestro encuentro con el mendigo no habíamos cruzado una sola palabra. Poco a poco, sentí haber respirado un aire purísimo ó haber bebido fresquísimas aguas en el mismo manantial.

»Generalmente me esfuerzo en ver claramente en mi interior, así es que sin dejar de andar, examiné mi conciencia: «Veamos, me decía; no he cometido ninguna falta muy grave contra la caridad »no dando nada á aquel mendigo... Jamás »he tenido la pretensión de dar á todos los »pobres que encuentro... Seré más generosa con otro y en paz.»

»Pero todos mis razonamientos no me convencían á mí misma y mi descontento interior aumentaba y llegaba á ser una especie de angustia, tanto, que diez veces sentí deseos de retroceder hasta el sitio en donde habíamos encontrado al hombre. ¿Creerían ustedes que un falso sentimiento de respeto humano me impedía hacerlo en presencia de mi hija? La verdad es que no valemos nada en cuanto obramos pensando en el juicio ajeno.

»Habíamos llegado casi al término de nuestro paseo é íbamos á doblar la esquina de la calle de Laffitte, cuando Susana me tiró suavemente de la falda para detenerme.

»—Mamá, me dijo.

»—¿Qué quieres, monina?, le pregunté.

»Clavó en mí sus grandes ojos azules y me respondió:

»—Mamá, ¿por qué no has dado una limosna á aquel desgraciado de los Campos Elíseos?

»Al igual que yo, no había pensado en otra cosa desde que habíamos encontrado al mendigo; su corazón, como el mío, estaba oprimido, pero mi hija, más buena que su madre y más sincera, confesaba sencillamente su inquietud.

»No vacilé ni un instante.

»—Tienes razón, hija mía, le dije.

»Bajo la obsesión de nuestra idea fija, habíamos andado más de prisa que de costumbre, así es que faltaban todavía veinte minutos para la hora de clase. Subimos á un coche Susana y yo, y el cocher, estimulado por la promesa de una buena propina, puso á buen trote el caballo en dirección á los Campos Elíseos.

»Mi hija y yo íbamos cogidas de las manos y aseguro á ustedes que no nos sentíamos tranquilas. ¿Se habría marchado el mendigo? ¿Sí no le encontrásemos ya?..

»Llegadas á la plazoleta, nos apeamos é inspeccionamos la avenida; el pobre no se veía en parte alguna. Pregunté á una alquiladora de sillas, la cual me dijo que recordaba haberle visto, que no era uno de los mendigos habituales de aquel lugar y que no sabía hacia dónde se había marchado. Apremiaba el tiempo y nos disponíamos á marcharnos disgustadas, cuando Susana divisó al pordiosero sentado en cúchillas junto á un árbol; dormía y tenía entre sus rodillas el sombrero.

»Susana acercóse á él de puntillas, echó en el sombrero una monedita de oro y regresamos á la calle de Laffitte. Comprendo que fué una ridiculez, pero mi hija y yo nos besamos como si acabáramos de escapar de un gran peligro.»

Calló la dama, ruborosa por haber hablado tanto tiempo de sí, en medio de un profundo silencio, y á nosotros que la habíamos escuchado religiosamente nos pareció



Estadua de Frithjof, el héroe noruego, obra de Max Hünger, que el emperador de Alemania regala á Noruega para ser colocada en el freo de Sogne, en donde se supone que existen las tumbas del héroe y de su amada Ingeborg.



El relevo, dibujo de Fernando Gold

FLORENCIA.—EXPOSICIÓN DEL RETRATO ITALIANO

La ciudad de Florencia ha festejado el cincuentenario de la unidad italiana de la manera más conforme con sus tradiciones y con su carácter propio, eligiendo la glorificación de la historia que mejor pudiese ser, al mismo tiempo, una revelación de arte: tal ha sido la Exposición del Retrato Italiano.

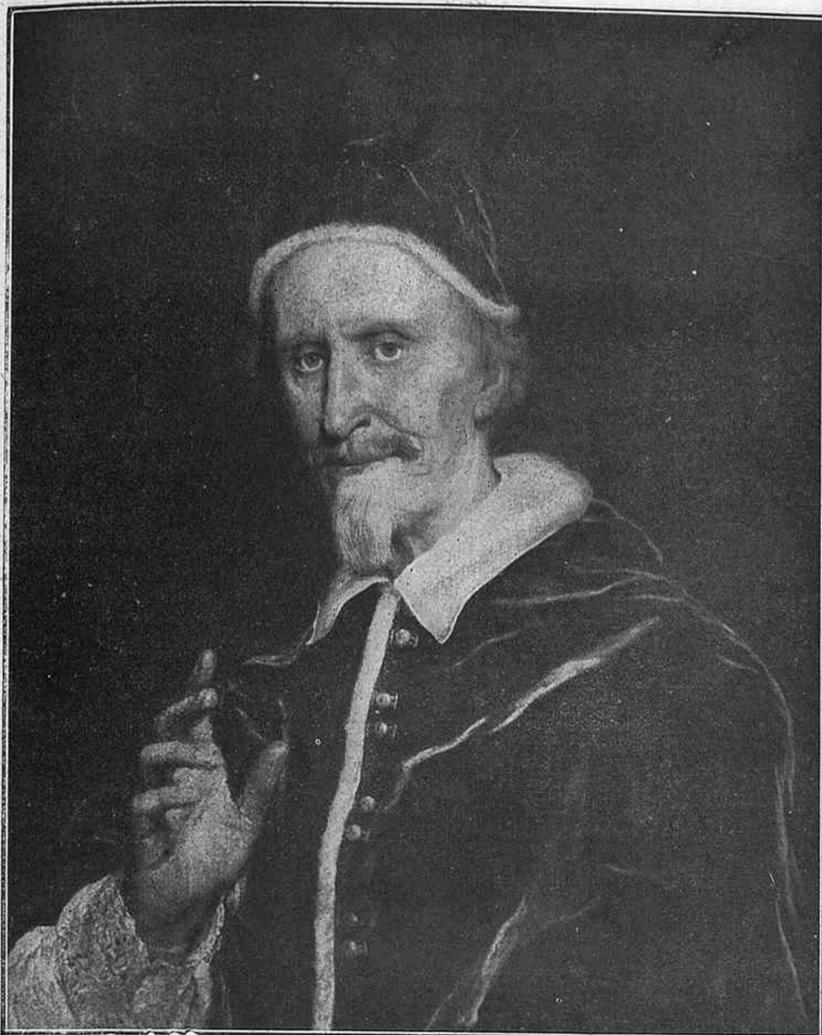
El proyecto, concebido y desarrollado con tanto ingenio como competencia por el conocido escritor de arte Hugo Ojetti, fué inmediatamente adoptado por el Ayuntamiento florentino, á cuyo frente se halla el marqués Felipe Corsini, descendiente de una de las más antiguas y aristocráticas familias de aquella ciudad.

La organización de este certamen trafa consigo grandes dificultades, pues no es empresa fácil reunir ochocientos cuadros, todos notables, originales de famosos maestros, diseminados en galerías particulares y en museos públicos. Pero todas estas dificultades fueron vencidas gracias, de una parte, á la perseverancia de sus organizadores y de otra á la decidida protección que desde el primer momento dispuso al proyecto el rey de Italia, cuyo ejemplo siguió con verdadero entusiasmo la nobleza de Italia. Así han podido admirarse en la exposición magníficos lienzos procedentes del Museo de Versalles, de la Galería Imperial de San Petersburgo, del Museo Imperial de Berlín y de las pinacotecas de Viena, Dresde y Estrasburgo y de las principales colecciones de Italia.

La exposición hállase instalada en el histórico Palacio Viejo, la espléndida residencia de los Médicis, y ocupa en él el salón de los Quinientos y los aposentos de León X, de Cosme I, de Leonor de Toledo, de los Piores y de los Elementos. Comprende, como hemos dicho, ochocientos retratos que abarcan un período de más de dos siglos y medio, desde los últimos años del XVII hasta 1861, fecha que inaugura un nuevo ciclo en la historia de Italia. Florencia poseía ya en sus museos de los Uffizzi y de los Pitti las admirables series, tan conocidas, de retratos de los siglos XV y XVI; en esta exposición se demuestra que aquellas hermosas series no se han interrumpido y que al través de los siglos XVII, XVIII y XIX las diversas escuelas regionales no cesaron de producir efígies contemporáneas que no sólo tienen un valor histórico, sino que, además, son obras de arte valiosísimas.

Entre los principales pintores en la exposición representados están Carbone, Strozzi, Rubens, Ribera, Reni, Maratta, Baciccio, Bombelli, Sustermans, Sacchi, Bonito, Rigaud, Van Loo, Crespi, Basano, Fra Victor Ghislandi, Cavagna, Ceresa, Baschenis, Rotari, los dos Lampi, Bacciarelli, Domenico, Del Frate, Grassi, Unterberger, Torelli, Toncini, Tiepolo, Angélica Kaufmann, los dos Longhi, Rosalba Carriera, Mengs, De Marón, Batoni, Benvenuti, David, Appiani, Camuccini, Fabre, Podesti, Schiavoni, Bello, Ayres, Forte, Chelli, Morelli, Ussi, Giordigiani, Celentano, Palizzi, Bezzuoli, Ciseri, Piccio, Hayez, etc.

En el presente número y en el anterior hemos reproducido varios de los retratos que se admiran en la exposición florentina. Por ellos puede formarse idea de lo que ha sido este certamen, cuyo éxito constituye un timbre de gloria para sus organizadores y para quienes lo han patrocinado.—S.



El papa Clemente IX, retrato pintado por Baciccio (1639-1709),
propiedad del príncipe Rospigliosi

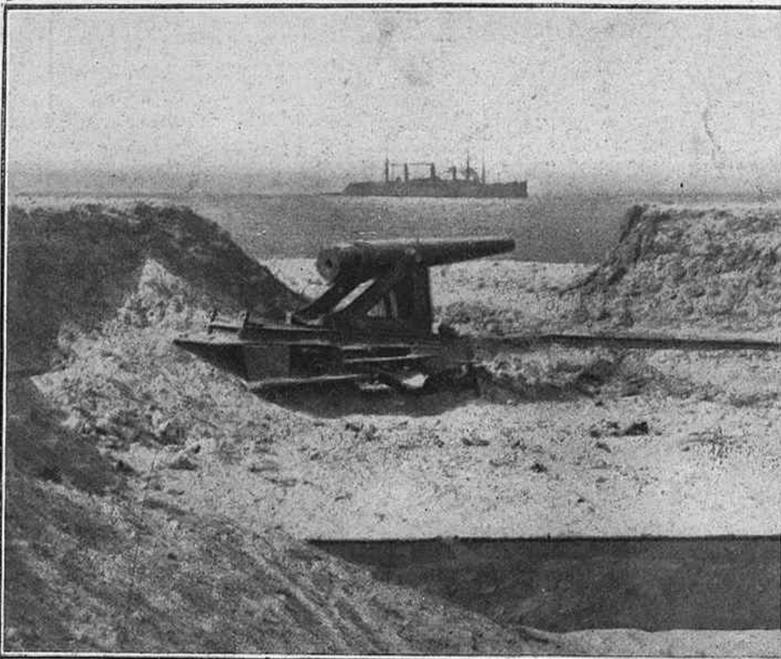


Federico Guillermo de Brandeburgo,
retrato pintado por S. Bombelli (1635-1685), que se conserva en la Pinacoteca de Breslau



La duquesa de Corigliano, grupo de retratos pintado por Angélica Kauffmann (1741-1807), propiedad de Saluzzo de Corigliano, de Nápoles

GUERRA DE ITALIA CONTRA TURQUÍA



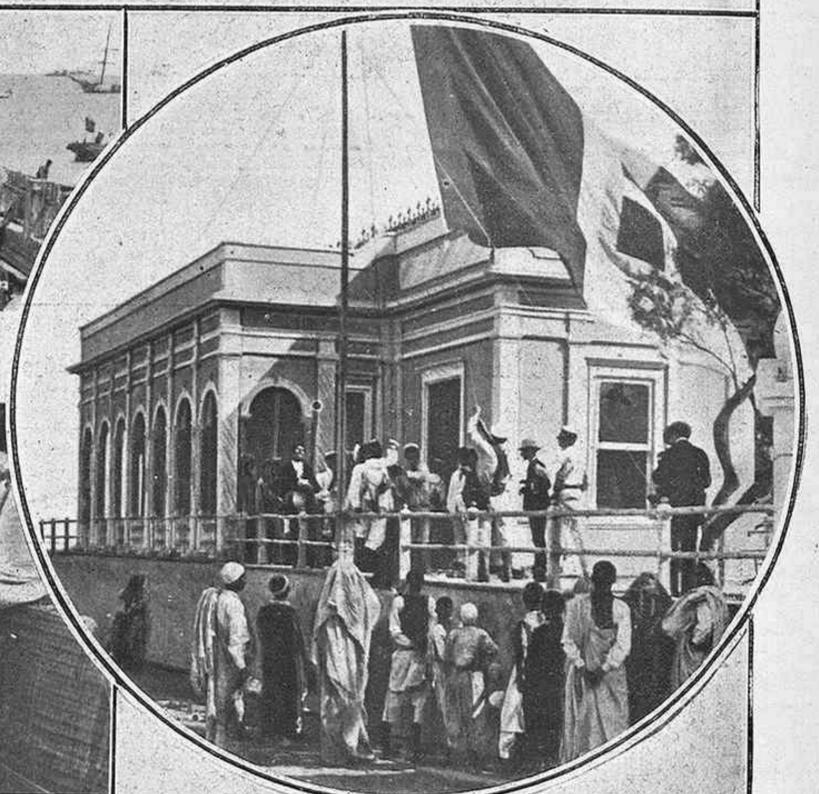
Cañón turco desmantelado en el fuerte Hamidié.



En la fortaleza Sultanie después del bombardeo.



Desembarco de las tropas italianas en Tripoli.



La bandera italiana izada en el palacio del gobernador.



Los jefes árabes acudiendo á someterse al almirante Borea Ricci, primer gobernador italiano de Tripoli.

(Fotografías de Trampus, Argus Photo-Reportage, Central-Photo y Chusseau-Flaviens.)

MANIOBRAS DEL EJÉRCITO CHINO MODERNIZADO



Ametralladoras alemanas al servicio del ejército chino.



Tiradores en el combate.



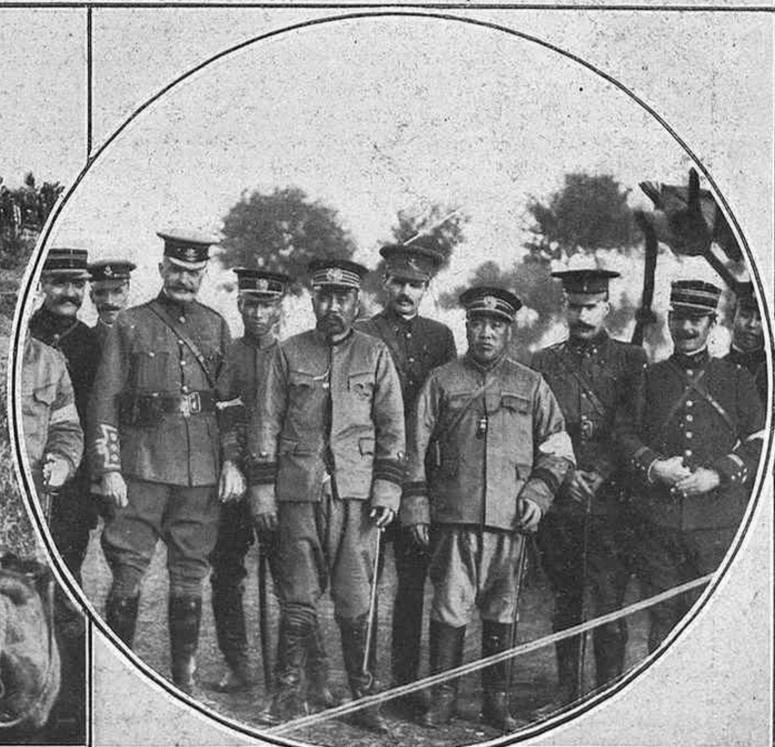
Baterías en posición.



Fing-Chan (+) actualmente inspector general del ejército chino.



Regimiento de infantería regresando al vivac.



Oficiales chinos y extranjeros.

(De fotografías comunicadas por la agencia «Nouvelle-Photo» de A. Harlingue.)



La familia real en el solemne acto de la inauguración



Instalación de las Escuelas de Artes y Oficios de Valladolid y Santiago



Redención, tríptico de Carlota Fereal de Ferrari



Sección de Cerámica. Instalación segoviana

LA REVOLUCIÓN CHINA

El movimiento revolucionario que hace algunas semanas estalló en las dos provincias meridionales chinas del Hu-Pe y del Tse Chuang, no reviste el carácter xenófobo que tuvieron otros anteriores, alguno de los cuales motivó una intervención internacional, sino que es puramente antidinástico y sus jefes



Yuan-Shi-Kai, el más ilustre hombre de Estado chino a quien el gobierno, después de tenerle desterrado tres años, designó como general en jefe para combatir la revolución.

se han apresurado á proclamar que ningún daño han de sufrir las personas ni los bienes de los extranjeros.

El caudillo de esta revolución es Sun-Yat-Sen, el reformador chino que en 1896 fué poco menos que secuestrado y encarcelado en la legación de China en Londres, de donde salió gracias á las enérgicas reclamaciones del Foreign Office. Estudió medicina en el colegio fundado en Hong Kong por el doctor inglés Cantlie y fué el primer estudiante chino que hizo con éxito sus exámenes y tomó sus grados universitarios. Después de haber ejercido de médico en Macao, en Cantón y en Honolulu, establecióse en las islas Sándwich, en donde residen aún su esposa y su hijo. Si la revolución triunfara y se proclamase la República en China, Sun-Yat-Sen sería seguramente designado presidente.

Los revolucionarios se apoderaron desde los primeros momentos de las importantes ciudades de Han-Keu, Han-Yang y Wu-Chang: la primera es una gran población comercial e industrial, de 800.000 habitantes, por cuyo puerto hácese un tráfico anual de 600 millones de pesetas; en la segunda está uno de los principales arsenales de China; y la última era la residencia del gobierno provincial. Han-Keu y Han-Yang hállanse situadas á la orilla izquierda del caudaloso Yang-Tse-Kiang, navegable para los buques de más alto bordo; Wu-Chang, á la derecha. La posesión de estas ciudades tiene gran importancia para la revolución, no sólo por su excelente situación estratégica, sino, además, porque ellas le ofrecen dinero y armas en abundancia.

En la provincia del Hu-pe ha sido proclamada ya la República y la bandera roja, blanca y azul flota en las referidas ciudades y en otras, como I Chang y Chung-King, que han caído también en poder de los revolucionarios.

El gobierno de Pekín, para combatir el movimiento revolucionario, había nombrado virrey de las provincias del Hu-Kwang á Yuan-Shi-Kai, ordenándole que marchara á Wu-Chang sin tardanza para restablecer la autoridad imperial en aquellos territorios. Yuan-Shi-Kai, uno de los más eminentes hombres de Estado chinos, es jefe del partido liberal reformista y hombre de gran ilustración y de ideas avanzadas, y á él debe China el ejército montado á la moderna con que en la actualidad cuenta. Hace tres años, víctima de intrigas cortesanas, fué destituido del cargo de virrey de Chi-li y desterrado al Hu-pe, la provincia ahora sublevada. Las circunstancias difíciles por que hoy atraviesa el Celeste Imperio, han hecho que el gobierno volviera sobre su injusto acuerdo y pusiera en Yuan-Shi-Kai todas sus esperanzas de salvación. Pero el agraciado no ha aceptado el nombramiento pretextando que el estado de su salud no le permite asumir la misión que quería confiárselo.

Según las últimas noticias, los primeros combates trabados entre los revolucionarios y las tropas imperiales han sido enteramente desfavorables á éstas.

En Pekín, la situación parece ser sumamente grave, temiéndose que de un momento á otro la sedición se comunique á las provincias del Norte, en el cual caso no le quedará al gobierno más recurso que entrar en tratos con los revolucionarios.



Pu-Yi, emperador de China. Nació en 11 de febrero de 1906 y sucedió á su tío en 14 de noviembre de 1908

GUERRA DE ITALIA CONTRA TURQUÍA

(Véase la lámina de la página 706)

El general Caneva, apenas hubo asumido en Trípoli el mando supremo civil y militar, recibió oficialmente al cuerpo consular, á la colonia italiana y á los jefes árabes notables. En la recepción del cuerpo consular, el decano de éste, el cónsul de Francia Sr. Seou, brindó por el gobernador y por el ejército y la marina de Italia. Este hecho causó profunda sensación en Turquía, que vió en él un reconocimiento, por parte de las potencias, de la ocupación de Trípoli, cosa que, en su concepto, constituye una violación de la neutralidad.

El cuerpo expedicionario italiano ha comenzado á fraccionarse para ir ocupando sucesivamente los principales puntos de la costa tripolitana; una de esas fracciones, protegida por varios buques de la escuadra, se ha apoderado del puerto de Homs, después de dos días de bombardeo, que causó á los turcos 200 muertos.

Por la parte de la Cirenaica, los italianos se han posesionado de las dos importantes plazas de Bengasi y Derna. La toma de la primera, efectuada el 18, no fué tan fácil como había

La impresión dominante en Europa es que la paz se aproxima y que apenas Italia haya comunicado, como se propone hacerlo, á las potencias que es dueña de las costas de Trípoli y de la Cirenaica, aquéllas interpondrán su mediación á fin de evitar que lo que es ahora una guerra entre Italia y Turquía, se convierta en un conflicto que bien pudiera ser una conflagración universal.



El Dr. Sun-Yat-Sen, jefe de la revolución que actualmente se propone derribar la dinastía y proclamar la República en China.

MADRID. — EXPOSICIÓN DE ARTE DECORATIVO

(Véanse las láminas de las páginas 708 y 709)

La Exposición de Arte Decorativo que actualmente se celebra en el Palacio de Bellas Artes del Retiro, de Madrid, es un ensayo felicísimo que señala una acertada orientación en nuestras manifestaciones artísticas, y constituye una muestra interesante de la producción nacional.

En ella llaman principalmente la atención las instalaciones de la Real familia y de la Fábrica Real de Tapices, las porcelanas del segoviano Sr. Zuloaga, las pinturas y los dibujos decorativos de Simonet, Carlota Fereal, Gárate, Bermejo, Chicharro, Varela, Pedraza, Méndez Bringa, Blanco Coris y Pedrero; las esculturas de Benlliure, Coullaut Valera y Barnechea; las reproducciones escultóricas de Passini y Bartolezzi; la vidriería de Maumejean; las fotografías artísticas de Franzen y Prast, los muebles y bronce de la casa Herraiz y Compañía; la sección de cerámica segoviana y la instalación de las escuelas de Artes y Oficios de Valladolid y de Santiago.

La exposición se inauguró solemnemente el día 20 con asistencia de la Real familia, de las autoridades, del presidente del Consejo, de los ministros de Estado y de Instrucción Pública y de varios representantes del cuerpo diplomático. El ministro de Instrucción Pública pronunció un breve discurso ensalzando la exposición y declarando ésta abierta, en nombre de Su Majestad, después de lo cual las Reales personas visitaron detenidamente las salas de la misma, felicitando á varios expositores.

BARCELONA
SALÓN PARÉS

El Salón Parés, al que con razón puede llamarse casa solariega del arte catalán y que ha sido últimamente objeto de grandes reformas, especialmente en el decorado, ha abierto de nuevo, hace pocos días, sus puertas al público, inaugurándose con una exposición notable, tanto ó más que por la importancia de las obras exhibidas, porque en ella figuran casi sin excepción todos nuestros artistas, que con su concurrencia al certamen han querido una vez más rendir homenaje á aquella histórica casa en donde hicieron sus primeras armas y alcanzaron sus primeros triunfos: los dos Urgell, los dos Masrera, Mas y Fondevila, Galwey, Baixeras, los dos Llimona, Meifrén, Tolosa, Marqués, Casas, Rusiñol, Pascual, Mir, Canals, Martínez Padilla, Torres García, Casanovas, Labarta, Martí Garcés, Padilla, Galí, Raurich, Mestres, Vancells, Carles, Colom, Isern, Mallol y otros. Con tales elementos, la exposición presenta un interesante conjunto, en el que se hallan representadas todas las tendencias de nuestro arte contemporáneo. Nuestra más entusiasta enhorabuena al Sr. Parés, á quien tanto debe el renacimiento artístico en Barcelona.



Barcelona.—Salón Parés. Exposición inaugurada recientemente después de realizadas en el local importantes reformas. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

sido la de Trípoli, pues los turcos opusieron obstinada resistencia á las operaciones de desembarco, trabándose entre ambos ejércitos empujado combate, en el que, al fin, fueron rechazados los otomanos. Y aun después de haberse hecho dueños de la ciudad, han sido durante varios días los italianos hostilizados duramente, habiendo experimentado bajas relativamente numerosas.

Ocupadas todas estas plazas de la costa, la prensa italiana dice que ha terminado la primera fase de la guerra, debiendo ahora comenzar la segunda ó sea el avance hacia el interior.

La impresión dominante en Europa es que la paz se aproxima y que apenas Italia haya comunicado, como se propone hacerlo, á las potencias que es dueña de las costas de Trípoli y de la Cirenaica, aquéllas interpondrán su mediación á fin de evitar que lo que es ahora una guerra entre Italia y Turquía, se convierta en un conflicto que bien pudiera ser una conflagración universal.

LA COLECCIONADORA, NOVELA DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONCLUSIÓN)

—Ya verá usted, vengo de parte de Natalia, la criada de la vieja... Yo soy el mandadero de los Inválidos, y mi nombre está puesto en la caja... Pues bien, parece que la vieja ha tenido un ataque, pero ¡qué ataque, señor! Un ataque de apoplejía. Y Natalia me manda á decir á usted que vaya, porque..., porque la vieja se lo había recomendado con mucho empeño.

Cuando hubo acabado, quiso empezar de nuevo, comprendiendo que ahora que se había soltado explicaría mejor la misión que le habían confiado, pero Laty no le dejó.

—¿Conque la señorita Ferronnaye ha tenido un ataque de apoplejía?, le dijo.

—Sí, un ataque de eso..., y luego otro más fuerte. Natalia me ha dicho: «No tiene remedio, de ésta se muere.»

Y se marchó repitiendo trabajosamente mientras bajaba la escalera:

—No tiene remedio, de ésta se muere, así me ha dicho.

Laty cogió su sombrero y se metió en el primer coche que halló al paso. Cuando llegó á casa de Isabel, Talia le dijo que ésta agonizaba; y efectivamente la encontró tendida en su lecho, inmóvil y sin habla. Sólo sus ojos vivían aún y en seguida que vió á Carlos Jorge los fijó en él. Ferronnaye estaba al pie de la cama y sufría al ver la triste situación de la enferma, emocionado sin duda por algo de afecto familiar que en él se despertó de pronto. Encontraba á Isabel cierto parecido con su padre y mientras pensaba en los cuidados que podría prodigarle, mostrábase tímido como si temiera que le tomasen por hipócrita. Pero nada bastaba á amortiguar la sensación prodigiosa de una gran fortuna que abría á su imaginación un mundo tan vasto y tan variado; nada, ni siquiera el temor de una muerte semejante, porque al fin y al cabo él también era de la familia y no hacía la vida sobria y moderada de los que entre los suyos habían sucumbido á la apoplejía.

En el entretanto, Isabel hacía penosos esfuerzos para hablar y no pudiendo conseguirlo hizo un gesto con la mano.

—Quiere escribir, exclamó Laty.

La anciana le dió las gracias con la mirada, mientras Ferronnaye le maldecía interiormente.

—Este no tiene sentido común, dijo Antonio encogiéndose de hombros. Es preciso dejar á la enferma tranquila; de lo contrario, si hace el menor esfuerzo, puede agravarse.

Carlos Jorge bajó la cabeza, tristemente desalentado. Isabel seguía agitándose más y más. En aquel momento presentóse Garés y Laty le consultó el caso.

—No hay inconveniente, respondió el doctor; pero es un trabajo inútil porque no lo entenderá usted.

Carlos Jorge sacó de su bolsillo un lápiz y un libro de memorias y Garés colocó el lápiz entre los dedos de la enferma, la cual esforzóse largo rato trazando caracteres incomprensibles. Ferronnaye respiraba dificultosamente, espantado ante la idea de una última voluntad, de una indicación del sitio en que su tía pudiera haber guardado un segundo testamento, que cuando menos le obligaría á sostener un pleito. Con los cabellos erizados observaba á la pobre anciana, cuyos dedos medio paralizados lograron al fin, después de varios tanteos, trazar algunos signos infor-

mes, y que, realizado este esfuerzo, dejóse caer sobre las almohadas. Los tres hombres examinaron sucesivamente el papel escrito.

—Ya se lo decía yo, murmuró Garés; son garra-patos.

—En efecto, dijo Ferronnaye.

Pero Laty, acostumbrado á mirar dibujos pequeños, se obstinaba en descifrar aquellos caracteres. De pronto golpeóse la frente y leyó:

Laty no les escuchaba y se había aproximado á la enferma.

—Sí, sí, decíale; comprendo lo que quiere y se cumplirá su voluntad. Gracias.

Los labios de la enferma se contrajeron en una especie de sonrisa espantosa; poco después le entró el estertor lúgubre que se prolongó durante algunas horas. Garés se había marchado; Ferronnaye esperaba el fin, acechaba el último aliento que debía hacer de él un millonario, y Laty estaba profundamente triste, lleno de remordimientos y de piedad y enojado contra Antonio porque en aquellos instantes se mostraba bajo aquel aspecto repulsivo. Ferronnaye leyó al fin la censura en el pálido y crispado semblante de Carlos Jorge, é impresionado ante la muda acusación dió á su rostro una expresión adecuada á las circunstancias. Para el singular carácter del editor, la escena, por otra parte, ofrecía á la vez espanto y una esperanza insensata de redención, excusable en él porque se había pasado la vida acosado por el espectro de la quiebra y porque su tía jamás se había compadecido de penas que Balzac incluye con razón entre las peores del mundo.

A eso de las seis, el sacerdote, llamado por Carlos Jorge, administró la Extremaunción á la enferma, cuya agonía se prolongó hasta la una de la madrugada, hora en que exhaló el último suspiro. Laty le cerró los ojos; estaba solo con Ferronnaye pues la enfermera había salido del cuarto.

—¡Pobre mujer!, dijo. Ha llevado una existencia muy miserable... No me arrepiento de lo que hicimos, añadió inclinándose hacia el editor; creí que era justo y sigo creyendo que habría sido una injusticia privar á usted de esa herencia..., pero no puedo recordar sin remordimientos el afecto y la confianza que puso en mí en los últimos días de su vida.

Ferronnaye guardó silencio y Carlos Jorge se retiró.

Hacia una tibia noche de otoño, sin un soplo de viento. La ciudad estaba tan silenciosa, tan solitaria y tan bella que Laty se paseó largo rato por las calles, porque para su alma de artista era un consuelo desahogar su tristeza en un escenario grandioso.

Pensó mucho en la muerta; pero Jacobita dominaba su vida como el cielo domina la

tierra. «Ya es rico Ferronnaye, pensaba... ¿Persistirá en negarme más que nunca la mano de Jacobita? ¿Y ésta? ¿É Irene? ¿Le abandonarían?»

No dudaba de Jacobita; él, que durante tanto tiempo se había considerado indigno de la hija del editor, ahora que ella le había elegido, no creía posible que volviese sobre su palabra, y únicamente veía la lucha larga y cruel que el furor de Antonio hacía presentir. ¡Estar tan cerca del puerto y verse privado de la felicidad infinita de contemplar á la que amaba en el momento en que sabía que ésta compartía su amor! Llevóse la mano al corazón y en aquel movimiento tocó el sobre en donde se hallaban escritas las últimas voluntades de Isabel.

«He prometido leerlas, murmuró, y cumpliré mi promesa, pero luego las destruiré.»

De pronto apoderóse de él una gran curiosidad. «¿Quién sabe?, dijo con melancolía. Quizás me



... y Laty comenzó la lectura con voz tranquila

—Entorpecida.
—¡Cómo!, exclamó Garés. ¿Ha descifrado usted esto?
—Vea usted mismo ENTORPECIDA, contestó Carlos Jorge señalando con el dedo letra por letra.
—Es verdad, murmuró Ferronnaye tranquilizado.
—Se da cuenta vagamente de su estado, añadió Garés.
—Hablen ustedes bajo, se lo suplico, dijo Laty á quien aquella escena desgarraba el corazón.
Isabel hizo nuevamente seña de que quería escribir y otra vez trazó unas cuantas letras, que también Carlos Jorge descifró:
—Todo para usted..., sacerdote.
—Es verdad, á fe mía, es verdad, exclamó Garés después de inspeccionar el papel.
—Pero esto no tiene sentido, dijo Ferronnaye.

enriquece á mí. ¡Era tan misteriosa, pero también tan afectuosa!

«¡Qué irrisión si me legase su fortuna... y Ferronnaye me negase la mano de su hija!»

Febrilmente rompió el sello y se puso á leer á la luz de un farol. A medida que avanzaba en su lectura, una expresión de estupor se pintaba en su semblante.

«¡Es posible!» exclamó al fin estrujando el papel con mano nerviosa.

XV

Ferronnaye fué á ver al notario que le había rogado pasase por su despacho, y fué recibido con toda la distinción debida al supuesto heredero de una gran fortuna. Esto no obstante hubo de esperar, porque el notario estaba firmando una escritura, y tuvo tiempo de contar el número de pasantes del estudio y de inventariar los estantes, las mesas y hasta los mangos de plumas. Una inquietud le atormentaba: el hombre de los contratos y de los testamentos ¿no se extrañaría sobremanera de aquella destrucción de un documento precioso? Sin duda sería aquélla la primera vez que semejante cosa le sucedía. ¿Y qué podía hacer? ¿No le daba la ley los medios de impedir la inmediata toma de posesión? ¿Surgirían en el último momento algunos de esos obstáculos que los hombres más hábiles no pueden siempre prever?

Otro temor, más quimérico aún, turbaba, además, aquella alma inquieta. ¿Habría dejado subsistente en el testamento destruido alguna palabra que permitiera suponer que no era él el heredero? ¿No se pesarían los residuos del papel y se comprobaría de este modo que había habido fraude? ¿Y Laty? Ahora lamentaba haberle tan rudamente disgustado.

Mientras esto pensaba, sonó el timbre de la puerta y entró Carlos Jorge. Ferronnaye se levantó presuroso, dispuesto á cantar la palinodia; mas al ver que el joven se le acercaba sonriendo bondadosamente, recobró su aplomo.

—Vengo llamado por el notario, dijo el grabador.

—¡Ah!, exclamó Antonio, presa de una nueva inquietud al suponer que Isabel había añadido algún codicilo al testamento.

No tuvo sin embargo mucho tiempo para entregarse á estas reflexiones, porque el notario les hizo entrar en su despacho.

—El Sr. Laty sabe, díjoles con gravedad, por qué razones le he suplicado que viniera al mismo tiempo que usted, Sr. Ferronnaye, heredero natural de doña Isabel. El Sr. Laty presencié la entrega del testamento junto con los dos testigos aquí presentes... Ruego á usted que me dispense por haber adoptado tantas precauciones, pero la señorita Ferronnaye me confió una misión en extremo delicada y hasta bastante original... Voy á tener el honor de abrir delante de usted este pliego y de dar lectura de su contenido; pero antes deseo preguntar al Sr. Laty si tiene que formular alguna objeción.

—Ninguna, caballero, contestó éste con voz firme.

—Siendo así, vamos á proceder á la apertura del testamento.

El notario cogió el sobre, lo sospesó, mostró los sellos intactos y lo abrió. Saltó el lacre y el sobre, cortado cuidadosamente, dejó paso á la mano del tabelión, quien sacó de él un papel singularmente despedazado, mientras una nube de polvo verdoso, como de arroz sucio se posó en la levita del operador.

—¿Qué es esto?, exclamó.

El corazón de Ferronnaye y el de Carlos Jorge latieron violentamente y los dos hombres cruzaron una mirada y sintieron resurgir en su memoria la acción por ellos cometida. Aquel momento fué terrible, pero casi en seguida degeneró en cómico gracias á la actitud que adoptó el notario.

—Señores, balbuceó, sucede una cosa inconcebible, una cosa, si se me permite llamarla así, misteriosa: el testamento ya no existe; ha sido destruido por insectos, por lo menos así lo supongo, porque miren ustedes el polvo que esos bichos han dejado.

Y al decir esto, miraba á los circustantes y sacudía aquel polvo, con gran alivio de Ferronnaye que recordaba sus temores de hacía un momento.

—Nunca en el transcurso de mi carrera, siguió diciendo me había sucedido una cosa semejante... No sé, en verdad, qué resolución tomar... Vean ustedes mismos, señores; no quedan más que fragmentos de frases sin sentido, sin ninguna indicación de legatario... El documento no tiene valor legal... Y ahora me pregunte yo, qué es lo que he de hacer.

Calló un momento. Ferronnaye respiraba con dificultad; hallándose tan cerca de la meta, veía alzarse ante él el obstáculo de algún proceso.

El notario continuó diciendo:

—A menos que el Sr. Laty resuelva esta extraña

situación, voy á hacer constar el estado del documento que me fué entregado y proceder á una información.

Esta palabra «información» pronunciada por el funcionario público no tenía ningún significado concreto; sin embargo hizo estremecer á Ferronnaye, quien miró á Laty. Éste estaba absolutamente tranquilo.

—Señor notario, dijo, estoy resuelto á anular ese documento destrozado, como á ello creo tener derecho.

—Sí, Sr. Laty; la fecha de ese documento destruido por los gusanos ha sido certificada, en efecto, por la señorita Ferronnaye; usted, pues, tiene la clave para resolver la situación y por mi parte no he de hacer más que acatar lo que usted haga.

—Antes quisiera hablar con el Sr. Ferronnaye.

—Como usted guste, dijo el notario satisfecho de ver terminado un incidente desagradable... ¿Cuándo volveremos á vernos?

—Espero que mañana por la mañana, respondió Carlos Jorge mirando á Antonio.

—¿Puedo saber siquiera de qué se trata?, preguntó éste al notario.

—El Sr. Laty es el único que puede ponerle á usted al corriente... Por mi parte, ignoro las instrucciones que se le han dejado; lo que importa, desde el punto de vista legal, es que sean posteriores á ese desdichado testamento que tenemos aquí á nuestra vista.

—Entonces se trata de una especie de codicilo, exclamó Ferronnaye. ¿Y cómo puede un codicilo adaptarse á un testamento destruido?

—El Sr. Laty querrá seguramente dar á usted las explicaciones necesarias. En cuanto á mí, repito que ignoro el contenido del documento, y sólo puedo certificar su posterioridad.

Carlos Jorge habíase puesto de pie y se mantenía impenetrable. Ferronnaye sintió que le odiaba ferozmente; no obstante lo cual se despidió del notario y salió en compañía del joven.

En la puerta, se separaron. Antonio echó á andar lentamente por las calles; sentíase atolondrado y quería poner orden en sus ideas. ¿Qué significaba aquella actitud de Laty? ¿Poseía en realidad un documento decisivo? ¿Quería simplemente asustarle?

«Yo no creo, decía el editor, que tía Isabel haya hecho otra cosa que asegurar sus últimas disposiciones; en tal caso, ó bien ha reproducido en el codicilo de Laty su legado al Louvre, ó sencillamente ha modificado su voluntad sobre diversos puntos. Es muy probable que esta última hipótesis sea la verdadera, y tal vez Laty esté designado para percibir una cantidad que estoy dispuesto á entregarle.»

Entonces pensó que Laty rechazaría esto y exigiría la mano de Jacobita.

«Pero no la conseguirá, aun cuando para ello debiera yo recurrir á una astucia... Lo más hábil sería no negársela categóricamente, dejarle alguna esperanza y trabajar por bajo mano la boda con Mauteurre. La cuestión estriba en tener un poco de desaprensión. También él me ha engañado con ese aire de desinterés. ¡Querido que le dé á Jacobita!»

Apoderóse nuevamente de él la cólera; pero no tanto que le obscureciese la razón. Vió clara como el día el alma cándida y abnegada de Carlos Jorge y pensó que no le costaría nada engañarle.

«Soy bien ridículo dando importancia á ese codicilo. Conozco bastante á Laty para saber que no querrá que las colecciones fuesen á parar á manos del Estado; su seriedad debe tranquilizarme sobre este particular... Sólo que el muchacho intenta una última presión... Esto es entrar de lleno en la diplomacia... Pues bien ¡seamos dip!omáticos! El porvenir de Jacobita bien vale esto y algo más.»

Al llegar á su casa, encontró ya á Carlos Jorge instalado en el salón con Irene y Jacobita. El editor adoptó una actitud más amable que en los días anteriores.

—Vamos á conferenciar, dijo sonriendo.

Madre é hija se levantaron.

—Yo quisiera, manifestó Carlos Jorge con entereza, que la señora de Ferronnaye asistiese á nuestro coloquio. En cuanto á la señorita Jacobita, no me atrevo á insistir para que se quede.

—¿Qué, se trata de secretos?, preguntó la joven.

—Ya ve usted que no.

—Mejor estaríamos solos, dijo Ferronnaye.

—Es que la señora y la señorita están tan interesadas como nosotros en el asunto, respondió Laty.

—¡Qué ocurrencia!, exclamó Antonio. Supongo que no pretenderá usted que Isabel Ferronnaye no era mi tía.

—Conforme, pero la señorita Jacobita era resobrina suya.

—En resumidas cuentas, dijo Ferronnaye con semblante enojado ¿de qué se trata en substancia?

—En substancia, el documento que su tía de us-

ted me entregó, no es un codicilo sino un verdadero testamento que anula el anterior.

Ferronnaye se puso lívido.

—¡Estoy desheredado!, aulló.

—Si hubiese usted sido desheredado, no presentaría yo este documento, respondió sosegadamente Carlos Jorge; porque le bastará á usted interrogar al notario para saber que tengo el derecho de conservar ó destruir el testamento que obra en mi poder. Por otra parte, en una letra adjunta al documento principal su tía de usted me confirma este derecho.

Antonio respiró; no había sido desheredado, y lo demás le importaba poco.

—¿Le ha hecho á usted algún legado importante?, preguntó á Carlos Jorge.

—Bien sabe usted que yo no habría aceptado un legado, porque considero á usted como el heredero legítimo de la señorita Isabel Ferronnaye. Además ¿no le he afirmado á usted siempre que no tengo apego alguno al dinero?

Había erguido la cabeza con ademán digno y sus ojos se encontraron con los de Jacobita llenos de amor y de admiración.

—Pues si nada de esto contiene ¿qué es lo que dice ese famoso testamento?, exclamó Antonio, que había recobrado todo su aplomo.

—Antes de contestar permítame usted que le pida la mano de su hija Jacobita, á la que amo con delirio y á la que espero hacer dichosa.

—Prefiero no contestar ahora á esta demanda... Déjeme usted tiempo para reflexionar.

—¡Ah, mi buen amigo!, exclamó Carlos Jorge. ¡Gracias por tan consoladoras palabras! ¡No sabe usted el bien que me hace con ellas!

Ferronnaye, á pesar de su resolución, sintióse enternecido por el candor del joven.

—Perdone que le diga, balbuceó, que no soy del todo favorable á ese enlace... Pero en fin, volvamos á nuestro asunto. Si el testamento, según usted dice, no le favorece á usted y no nos deshereda á nosotros ¿por qué no lo ha destruido usted sencillamente?

—Porque necesitaba el parecer de la señorita Jacobita.

—No entiendo una palabra de todo esto.

—Será más sencillo que lea yo el documento... Me interesa, sin embargo, declarar á usted que jamás he confiado á nadie los sentimientos que la señorita Jacobita me inspira.

El editor manifestó gran sorpresa; Irene y Jacobita se dispusieron á escuchar y Laty comenzó la lectura con voz tranquila.

«Yo, la abajo firmada Francisca, Paulina, Isabel Ferronnaye, sana de cuerpo y de espíritu, declaro legar todos mis bienes, muebles é inmuebles á Jacobita María Ferronnaye, pero sólo en el caso de que contraiga matrimonio con Carlos Jorge Laty. Si este matrimonio no se efectuase, fuese por la razón que fuere, lego todos mis bienes muebles é inmuebles, cuya enumeración se continúa, á Carlos Jorge Laty, con la súplica vehemente de que haga una selección entre las obras de arte, chucherías y curiosidades que le lego, para quedarse con una parte de ellos y para dar lo que estime preferible al Estado francés.» Esto es lo principal, dijo Laty. Después sigue la enumeración de los bienes.

—¡De modo, exclamó Antonio, que me deshereda en favor de mi hija y que pretende obligar mi voluntad!.. ¡Ah, Sr. Laty, es usted un hábil diplomático!

—Tan poco diplomático, respondió Carlos Jorge, y tan poco deseoso de obtener la mano de su hija como no sea por obra del afecto de usted, que entrego á usted este testamento y le permito, si á ello le autoriza la señorita Jacobita, que lo rompa.

—Consiento en ello, dijo la joven.

Un rayo que hubiese caído á los pies de Antonio no le habría dejado más estupefacto. No era invencible á los rasgos de nobleza y, por otra parte, él, que había destruido sin escrúpulos un testamento que consideraba inicuo, se habría creído envilecido ante los suyos despojando á su hija.

—No, balbuceó rechazando el papel que Carlos Jorge le tendía... Reconozco la grandeza de su alma. Jacobita será feliz con usted y yo se la doy.

—¡Yo se la doy también!, exclamó Irene.

Jacobita y Carlos Jorge cambiaron una dulce mirada; sus pobres corazones, conmovidos por aquella victoria de amor, latían con tal violencia que parecía que iban á estallar.

Laty no se atrevía á dar crédito á su dicha y no osaba acercarse á Jacobita. Ésta, de pie delante de él, ostentábase en toda su gracia; Carlos Jorge podía al fin llevarla como compañera en un espléndido ensueño de pasión, de belleza y de gloria.

FIN

EL ENIGMA DE LA CALLE DE CASSINI

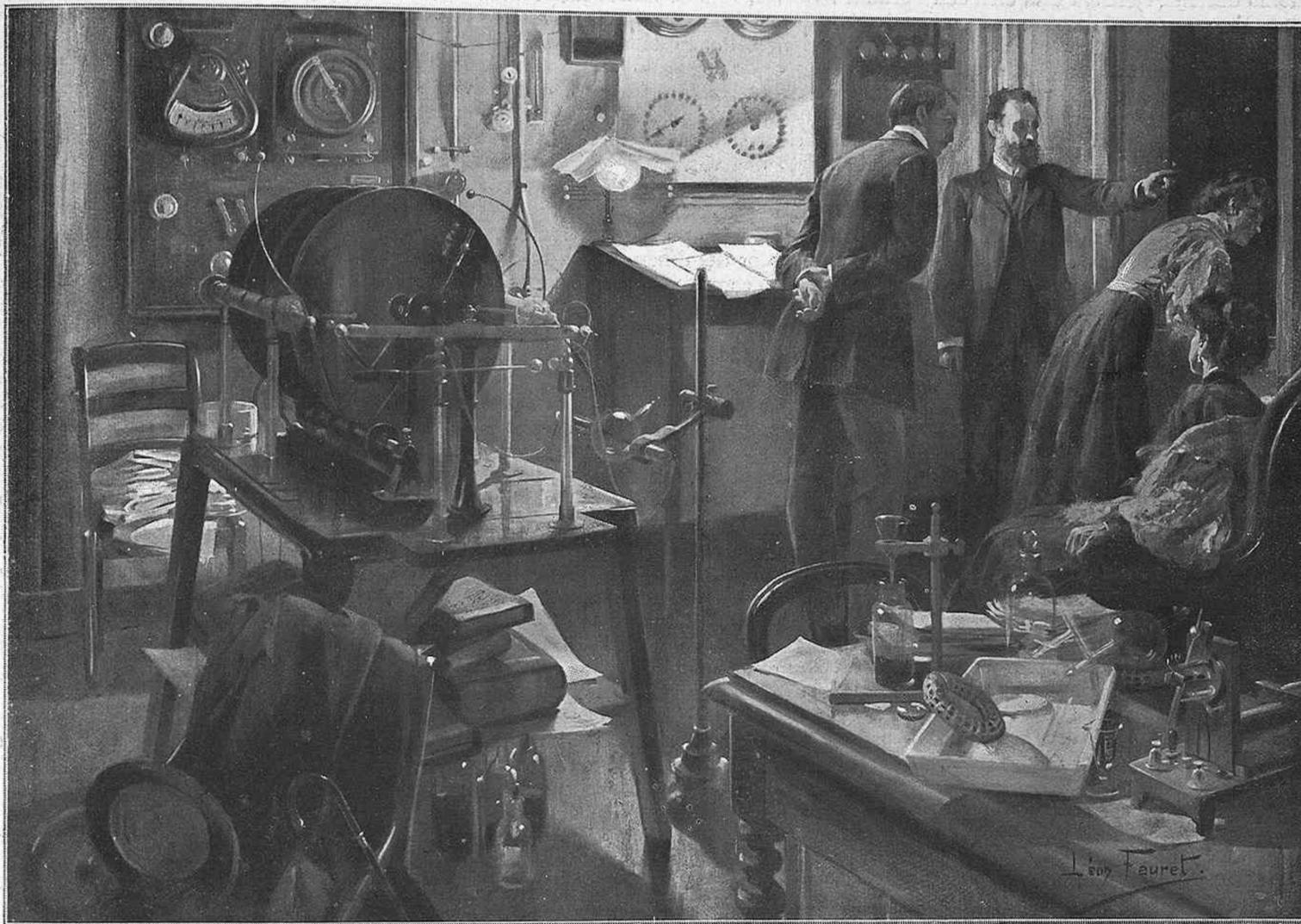
NOVELA ORIGINAL DE GEORGES DOMBRE. — ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET

I

Una noche de abril, muy apacible, entraba por la ventana abierta. La media luna, color de azufre, se

mostraba un rostro sensitivo, de líneas finamente indecisas, el color de los jazmines y de los convólvulos, una boca de carmín y nácar, ojos en que el más hermoso brillo de zafiro alternaba con reflejos de es-

una larga mesa de roble, se veía un gran carrete de Ruhmkorff, una redoma de Crookes, una palangana de fotografía, placas de metal, tubos de Geissler, frascos, pilas, probetas y clisés. El hombre dió vuel-



— ¡De ahí partió el grito!, dijo Prouvaire extendiendo la mano hacia el hotel

agrandaba anaranjándose á medida que declinaba entre las estrellas. Flotaban menudas nubes, como jirones de seda blanca, hilachas de lino ó polvos de esmalte. Y se divisaba, por encima de un muro ruinoso, el perfil tranquilo del Observatorio, las redes en que pacientes astrónomos cogen planetas, soles y nebulosas. Una brisa lenta pasaba, cargada de primavera y de ensueños.

En el fondo de un jardín, detrás de la calle de Cassini, corta, limpia, solitaria como una calle de beaterio, en un comedor Imperio, seguramente transmitido por herencia y no comprado en ninguna prendería ni á ningún fabricante de antiguos estilos, cuatro personas acababan de comer. Era en primer lugar un cuádragenario de cabellos leonados y espesos, sembrados apenas de algunos hilos nacarados. Llevaba un chaqué gris obscuro, que no ocultaba la sequedad de su estructura; su frente se descubría compacta, cortada rectangularmente en las sienas, con dos prominencias, como á menudo se observan en los matemáticos; presentaba enérgicos pliegues, pero no arrugas; tenía chupadas las mejillas, sólida y saliente la barba, cubierta de una áspera perilla, y unos ojos negros, agudos, profundos, fosforescentes, medidos debajo de rudas cejas, que iluminaban, precisándola, aquella fisonomía, que antiguamente hubiera sentado bien en un antro de alquimista.

El segundo personaje era joven. Había recibido de sus ascendientes una fisonomía vaga, contornos mal definidos, ojos estrechos, pero luminosos, unos ademanes casi torpes, un gran cuerpo del que siempre parecía servirse mal á propósito. La sonrisa brotaba en sus labios como un resplandor brusco; la vida se manifestaba entonces, robusta, benévola y sana; revelábase en él una gracia que hasta podía impresionar á las mujeres. Ciertos detalles anunciaban una naturaleza singularísima, difícil de catalogar.

La joven que velaba con aquellos dos hombres

meralda, una cabellera como mota de maíz y trigo, que lucía en las penumbras, como una antorcha en la bruma. No tenía el contorno rítmico de las bellas estatuas griegas, pero sí un encanto de resplandor y de carne hermosa, una seducción sutil y continua.

El cuarto personaje era una señora de edad madura: en su rostro cansado y de una gran dulzura, sus ojos la revelaban tierna, su boca, tímida, demasiado impresionable, sin energía. Era una criatura debilitada, de arterias delicadas y cuya salud podían comprometer las emociones demasiado fuertes. Observaba con inquietud la fisonomía distraída del joven, su hijo:

—No has comido nada, Enrique, le dijo tristemente.

—No tengo apetito.

Había apartado su plato y estaba pensativo, con pequeñas crispaciones de impaciencia. El cuádragenario, levantando la cabeza, dirigió su mirada aguda al joven; se agolpó á sus labios una pregunta que no llegó á brotar.

Hubo una pausa. La hora parecía más encantadora aún. Hubiérase dicho que se exhalaba un hálito de lilas y claveles de los jardines del Observatorio. Enrique se levantó y dijo:

—Voy á salir.

—¿Adónde vas?, preguntó la madre.

Porque él tenía la costumbre de anunciar anticipadamente su salida; si no, prolongaba la conversación íntima de sobremesa.

—¡No sé!, contestó con un aire vago. Necesito moverme, sacudir los nervios.

Esta contestación tranquilizó á la madre, pero el cuádragenario echó á su sobrino una mirada oblicua en que se manifestaba una ligera sorpresa. Enrique lo notó y pareció disgustado.

Después que él hubo salido, las dos mujeres y el hombre se retiraron á un laboratorio en que, sobre

ta á un conmutador (tembló un timbre y brilló un resplandor violado), envolvió luego la redoma en un cilindro de cartón y, alcanzando una caja negra, pareció apuntar al tubo invisible. Repetidas veces se oyó el funcionamiento de un resorte.

—¡Ya está!, refunfuñó. ¡Verificaremos luego..., ó mañana por la mañana!

Una ligera melancolía envolvió á los tres seres. Pensaban en el destino. Este era precario. El hombre, Miguel Prouvaire, físico y químico ya célebre, pero arruinado, provisto de una cátedra poco lucrativa, vivía pobremente con su hermana, su sobrino Enrique y su sobrina Luciana. Era la única herencia que le había dejado su cuñado Jaime; el hombre se ocupaba de ellos distraídamente y con amor, en medio de sus cilindros, sus tubos, sus pilas, sus acumuladores, sus retortas y sus probetas.

Era un hombre excelente, quizá genial y lleno de desorden. Había derrochado su escaso patrimonio en experimentos, si es que puede hablarse de derroche á propósito de apreciables descubrimientos; hasta llevaba la carga de algunas deudas.

Miguel Prouvaire era un sabio irregular. Atravesaba períodos en que amaba poco la ciencia, en que hasta la abandonaba. Entonces le dominaba un instinto nómada y «realista»; vivía para vivir. Presa de una extrema curiosidad por los aspectos de París y por el gentío, se paseaba por las calles, se mezclaba con desconocidos, extrañamente interesado en el destino de tal transeunte, de tal personaje encontrado en el teatro, en un café, en un mitin, en una estación... Toda la agudeza de observación que empleaba en sus trabajos de laboratorio, la aplicaba entonces á vivientes. Así es que aquel hombre, cuyas investigaciones implicaban esa especie de aislamiento psíquico que caracteriza á sus semejantes, tenía un sutil conocimiento del alma humana; había descifrado curiosos enigmas; hubiera podido hacer, sobre la

vida íntima de sus colegas de los Estudios Superiores, muchas revelaciones singulares, y esto sin haberlos espiado, guiado por indicios que podían parecer insignificantes a otras personas, pero de los cuales su espíritu intuitivo y deductivo sacaba las consecuencias más profundas...

Había un poco de «fluctuación» en su carrera. Hacia los diez y nueve años, Miguel había interrumpido sus estudios científicos para empezar los de Derecho, impulsado, no por amor a la jurisprudencia y mucho menos por afición al foro, sino por una pasión singular y muy tenaz para la investigación del crimen. Nadie se opuso a aquel cambio de rumbo. Miguel era huérfano; su tutor, hombre nebuloso y conciliante, no veía ninguna necesidad en que el joven, dotado de un patrimonio decente, ejerciera más bien una profesión que otra. Éste perseveró durante todo un año. Pero el estudio de la jurisprudencia le fastidiaba prodigiosamente. No encontraba en él el empleo de sus cualidades fundamentales, que eran la precisión, la intuición y cierta imaginación que tan pronto se aplicaba al invento científico como a la psicología de sus semejantes.

El derecho le ofrecía abstracciones imprecisas, casi siempre arbitrarias, ó artículos de hecho cuya génesis dependía de la sociología, que aun no es una ciencia y que tal vez no lo será nunca. Echó apasionadamente de menos sus primeros trabajos; fué una especie de nostalgia moral que a la larga, se le hizo insoportable.

Se aficionó a las matemáticas, a la mecánica, a las ciencias físico-químicas, de la misma manera que un viajero vuelve a entregarse a su patria.

Pero si nunca echó de menos el derecho, sintió siempre no haber podido ejercer las funciones de un juez de instrucción ó al menos de un policía. Y conservó, primero a través de sus estudios y más tarde en medio de sus trabajos del laboratorio y del profesorado, el afán de la investigación criminológica. Con frecuencia, cuando se producía alguna causa difícil: un rapto, una desaparición, un robo ingenioso, un homicidio enigmático, él lo estudiaba con ardor y tenacidad. A pesar de la insuficiencia de los documentos (pues los periódicos prefieren legítimamente dar el detalle pintoresco, terrorífico ó cómico, a dar el detalle propio para determinar una pista, y, por otra parte, la policía no comunica todos sus secretos), Prouvaire había encontrado á menudo la solución exacta.

Generalmente la guardaba para sí y experimentaba una satisfacción de amor propio íntimo al ver realizarse su pronóstico; pero, cuatro ó cinco veces, en que el desenlace se hacía esperar demasiado, envió notas anónimas al juez de instrucción ó al jefe de Seguridad. Una vez, como su indicación permitía un desarrollo para el cual le faltaba algún indicio, escribió al famoso Gourdon, entonces en el apogeo de su carrera, y le dió una dirección en lista de correos. Gourdon le contestó á los pocos días: «Su aviso era exacto. ¡Gracias!»

Aunque esa preocupación de psicología criminal fuese á ratos muy viva, no parece haber perjudicado á la carrera de Miguel, por más que de vez en cuando le había hecho perder un tiempo precioso. El hecho es que su carrera fué irregular. Prouvaire, que tenía poderosas facultades de invención, tuvo la desgracia, más frecuente de lo que el vulgo se imagina, de que se le adelantaran otros, dos veces, en descubrimientos importantes, cuando había reunido positivamente todas las condiciones que iban á conducirle al fin deseado. Tales descubrimientos hubieran hecho de él una de las celebridades científicas de Francia. Pero en los inventos entra por mucho la suerte, y los inventores perspicaces lo saben muy bien. A pesar de ello, fué apreciado lo que se debía al físico. Sus trabajos sobre el magnetismo circular, sobre la fosforescencia á bajas temperaturas y sobre la cristalización de los líquidos, así como sus descubrimientos fotográficos en el infra-rojo, le dieron la reputación de un espíritu singularmente original é ingenioso, y le granjearon el alto aprecio de Berthelot, de lord Kelvin, de Becquerel, de Helmholtz. El porvenir le prometía mucho.

La lentitud relativa de su carrera no tuvo únicamente por causa la mala suerte científica. Fué determinada en parte por acontecimientos familiares. Miguel tenía treinta y dos años cuando su cuñado, Jaime Delorme, se arruinó. El sabio no acabó nunca de comprender cómo había sobrevenido la catástrofe. Solamente sabía que Jaime se había asociado con un especulador llamado Francisco Duquesne, que ejerció rápidamente sobre él una influencia fantástica. Ese Duquesne, hombre muy hábil, acertó en tres ó cuatro combinaciones sobre trigos y alcoholes. Delorme, hombre algo impulsivo, se exaltó y, por desgracia, no encontró oposición alguna en su mujer.

Esta unió su patrimonio al suyo en una especulación sobre los cafés, que había de triplicar los capitales. Después de un comienzo brillante, este negocio acabó por un desastre abrumador. Era la ruina. Delorme estuvo á punto de morir bruscamente de apoplejía, pero aun vivió en mal estado algunos meses.

En cuanto á Duquesne, desapareció como había venido, al igual de un meteoro, sin dejar más recuerdos que unas cuantas cartas y una fotografía. Porque aquel hombre que tan profundamente había hipnotizado á Jaime era casi un desconocido. Le habían bastado algunos meses para conquistar al infeliz, y algunos otros meses para arruinarlo y arruinarse á sí mismo. Moribunda, su víctima le acusaba poco, persuadida de su buena fe y de su genio comercial. La señora Delorme, aunque menos indulgente, se limitaba á decir que Duquesne había pecado de ligereza y de presunción. Por lo demás, le conocía aún menos que su marido, pues sólo le había tenido á comer ocho ó diez veces; sabía únicamente que era viudo y que tenía una hija de quince años, que vivía en casa de unos parientes en el Bordenes.

Jaime dejó una viuda y dos hijos. Prouvaire no vaciló en recogerlos y renunció, por amor á ellos, á formar familia propia. Desgraciadamente, su fortuna se hallaba en estado poco próspero. Nunca había conocido el valor del dinero ni mostrado el menor sentido práctico en materia económica; colocaba mal sus capitales y los gastaba sin orden ni medida. Sus experimentos le habían costado muy caro. Apenas le quedaban cuatro ó cinco mil francos de renta. Pero, muy optimista, creía en el porvenir y siguiendo mermando el capital hasta que al fin la realidad mostróse tan próxima como amenazadora. Hubo necesidad de limitar los gastos, de vivir con el producto del profesorado, de algunos artículos para revistas y de un privilegio de invención que no le producía gran cosa.

Como no quería que madama Delorme y Luciana se echasen á perder las manos, necesitaba, además de su mozo de laboratorio, una criada para todo servicio. La carga era pesada para Prouvaire, y éste no vislumbraba más salida que un invento lucrativo. Buscaba un producto que fuese intensamente y únicamente sensible á los rayos Roentgen, á fin de crear un nuevo medio radiográfico de que poder sacar gran beneficio. Mientras tanto, la vida le inquietaba, y no estaría tranquilo hasta que pudiese dotar á su sobrina, colocar á su sobrino y disponer de los recursos necesarios para un inventor.

A pesar de todo, no se consideraba desgraciado. Vislumbraba una serie de trabajos que podrían conducirle á la celebridad, y esperaba también algún inesperado beneficio de la suerte. En cuanto á su manía «criminológica», le tentaba, á intervalos, tan enérgicamente como siempre, y decía á veces, con una risa extraña en que se discernía la pasión:

—Acabaré por pedir á Varaignes (personaje político influyente, amigo íntimo de Miguel), que me haga dar, durante algunos meses, un cargo activo en la prefectura de policía. ¡Es la única manera de curarme!

Con un gesto activo, Miguel pareció rechazar sus preocupaciones, y pensó en su sobrino Enrique Delorme. La actitud del joven de un tiempo acá le llamaba la atención. Sospechaba alguna apasionada aventura amorosa, envuelta en un poco de misterio. Tratábase seguramente de una mujer, pero de una mujer de alguna historia... A decir verdad, ello no eran más que conjeturas. Miguel no había hecho ninguna tentativa para penetrar en el secreto de su sobrino. Los indicios se habían impuesto por sí mismos; se habían aglomerado, combinado, ordenado..., como Enrique no era jugador, ni andaba metido en política, ni era muy ambicioso, por fuerza había de tener algún enredo amoroso; y como, por otra parte, se mostraba más reservado de lo que permitía su natural, y casi misterioso, la idea de alguna ambigüedad se imponía, corroborada por hechos de poca monta y por dos ó tres palabras distraídamente pronunciadas.

Prouvaire no estaba precisamente inquieto. Sentía solamente un ligero malestar, que no hubiera experimentado si Enrique hubiese sido un hombre enérgico. Pero el muchacho era, por el contrario, un poco débil, con impulsos bruscos: una voluntad fuerte, un acontecimiento imprevisto le dominaban...

La criada anunció una visita. Entró un joven de veinticuatro ó veinticinco años, cuyo rostro llamaba la atención por una frescura británica y dos ojos de *vergiss mein nicht*. Era alto, de estructura vigorosa; sus facciones mezclaban singularmente la inteligencia y la candidez, y se adivinaba un ser sincero, prudente, quizá timorato, creado para la vida familiar,

capaz de sentir afectos vivos y probablemente fiel. Jorge Gauchery seguía las nobles vías de la carrera diplomática. Aun no le habían conducido sino al ministerio de Negocios Extranjeros, entre jóvenes Talleyrands de cara afeitada y brillantes chalecos, con un sueldo que cubría apenas las necesidades de su existencia.

—Es un muchacho leal, declaraba con reticencia su jefe inmediato.

Quería decir con esto que no ascendería rápidamente en su carrera.

El caso que Gauchery no sabía valerse de los modos para abrirse paso, era de los que hacen cola en el teatro de la vida. Más hábil para los demás que para sí mismo, no había de ser mal diplomático, y la simpatía que su sonrisa inspiraba, le hacía recuperar un poco el terreno que perdía por su rectitud. De modo que tenía probabilidades de hacer una carrera regular. En el ínterin, vegetaba, y cometía la imprudencia de amar á Luciana Delorme, que le correspondía con timidez y casi sin darse cuenta de ello.

Miguel Prouvaire había visto crecer aquellos sentimientos de benevolencia; conocía á Jorge casi desde su nacimiento y apreciaba su carácter, pero hacía reservas acerca de su porvenir:

—¡No harás carrera sino á la larga!, promulgaba. Eres de esos hombres que, por temor de ser empujados, ceden el paso á los demás. Sin duda acabarás por recuperar el tiempo perdido, al frisar los cuarenta... ¿Pero mientras tanto?..

Y observaba con impaciencia el idilio que, incierto al principio, se precipitaba de la misma manera que un arroyo, alimentado por pequeñas fuentes obscuras, acaba por adquirir la corriente de un río.

—¡Un problema mal planteado!, murmuraba, ya veremos.

Aquella noche, había recibido á Jorge con una mezcla de malicia y de melancolía. Revolviendo papeles sobre la mesa grande, vió á hurtadillas cómo los jóvenes se acercaban uno á otro, mientras la señora Delorme meditaba cerca de una de las ventanas. En la tierna atmósfera en que se inmergía el laboratorio, Luciana se turbó, emocionada por el ensueño sutil y terrible de la dicha. El amor dilataba las pupilas del joven.

Miguel dejó transcurrir cerca de una hora, y luego dijo al diplomático con cierta brusquedad:

—¡Jorge Gauchery, eres muy imprudente!

Hablaba con voz rápida, segura, un poco bronca.

—Sí, ya sé, repuso el físico, pero voy á tomar medidas contra tu debilidad, que he tolerado demasiado tiempo. ¡Estamos á punto de obtener tu destierro! Jorge levantó la cabeza, sumamente pálido, mientras que pasaba una nube de densa tristeza por el magnífico rostro de Luciana. La señora Delorme, atenta, contemplaba con ansiosa ternura á su hermano y á los dos muchachos. Entre aquellas criaturas que se amaban levantóse el duro mandamiento del destino.

—¡Estamos á punto de obtener tu destierro!, repitió Prouvaire con un encogimiento de hombros. Es preciso que vayas á bregar con la vida, muchacho, y que hagas un honrado esfuerzo para vencer, si es necesario, una malhadada inclinación...

La sombra de tristeza se acentuó en los párpados de Jorge. Luciana bajando las pestañas sobre los ojos de brillos cambiantes, tuvo un largo estremecimiento.

—¡Os comprendo!, refunfuñó Prouvaire. Ambos estáis dispuestos á olvidar que la vida es ruda, pesada y feroz. ¡La vida misma no os lo dejaría olvidar largo tiempo!.. Camarada, perdóname el haber estado distraído, y sobre todo el haber sido débil: hubiera podido evitarte mucha pena. A Dios gracias, aun no es demasiado tarde.

Fué á poner la mano en el hombro de Jorge y prosiguió:

—Esta es vuestra penúltima entrevista. No he querido turbarla de antemano. Dentro de pocos días recibirás en forma de nombramiento, la orden de partir. Vas á Washington; es una ciudad en que encontrarás, en cada esquina, profesores de energía. Allí medirás á la vez tu constancia y tu valor; y te repetirás lealmente que si tu situación ó la mía no mejoran notablemente, hay que renunciar á las ilusiones que has venido á hacerte en esta morada. ¡Yo lucharé tan vigorosamente como tú mismo á fin de que mi sentencia pueda algún día ser anulada!

El amor pasó como encantador y cruel resplandor de los seres; la brisa nocturna fué intolerablemente dulce, y el sabio bajó la cabeza, casi tan emocionado como los jóvenes:

—Somos cuatro débiles criaturas, dijo, pobres y desarmadas... ¡Resignémonos!

—¡Ay, tío!, suspiró Luciana.

Una ardiente súplica crispaba la boca carmesí.

(Se continuará.)



España en Marruecos.—Campamento de caballería de Ishafen en el momento de inspeccionar el ganado de la Administración Militar.

ESPAÑA EN MARRUECOS

A pesar del duro castigo infligido á la jarca en el combate del día 7, los rifeños, cuyos contingentes habían aumentado considerablemente, atacaron el día 14 nuestras posiciones de Izhafen é Imarufen, después de haber vadeado el río Kert. Rechazado vigorosamente el enemigo, éste inició un movimiento de concentración y poco después repasó el río por varios puntos atacando la izquierda de Imarufen.

En aquel momento el general Ordóñez, que se hallaba en Izhafen, queriendo repetir la táctica que tan buenos resultados diera en el mencionado combate del 7, dió orden de que cesara el fuego de artillería y los infantes economizaran municiones, para que los rifeños avanzasen y á corta distancia se rompiera otra vez el fuego. Pero cuando se disponía á trasladarse á la posición de Imarufen, recibió dos balazos en el pecho, á consecuencia de los cuales falleció algunas horas después.

El cadáver del general Ordóñez quedó durante toda la noche en el Kas el-Medua y al día siguiente fué trasladado á Melilla, al Hospital militar, siendo luego conducido á la capitanía general, en donde se había improvisado una capilla ardiente.

El día 15 efectuóse con gran solemnidad el entierro. El féretro, envuelto en una bandera española y materialmente cubierto de coronas, iba en un armón de artillería, y las seis cintas

que pendían de él eran sostenidas por coroneles de las diferentes armas. Detrás seguía un coche lleno de coronas y luego la presidencia del duelo, formada por los generales Luque, Aldave, Santaló, Lagrea, Urzáiz y Palomo, el auditor general, el intendente y el inspector de Sanidad, los comandantes del *Pelajo*, *Reina Regente é Infanta Isabel*, jefes y oficiales y comisiones civiles. A pesar de la lluvia, todas las calles del tránsito estaban atestadas de gente que, silenciosa y emocionada, presenció el paso del lúnebre cortejo. Llegada la comitiva al cementerio, desfilaron ante el féretro todas las fuerzas que habían rendido honores, y después de



Melilla.—El público delante de la capitanía general esperando el paso del entierro del general Ordóñez. (De fotografías de Rectoret.)

rezado un responso en la capilla, el cadáver del bizarro general recibió cristiana sepultura. La operación definitiva que se había proyectado contra la jarca ha tenido que suspenderse á causa del mal tiempo y en vista de ello, el ministro de la Guerra, después de haber visitado las principales posiciones, ha regresado á la península.

El día 19 nuestras tropas efectuaron varias *razzias* en el territorio de Beni-Buyagi, en Zoco Zebuya y en el poblado de Sarita, castigando en todas partes duramente á los indígenas.

QUEBRADO DURANTE 16 AÑOS

Maravillosa Cura de un Bien Conocido Vecino de Santander, Certificada por un Médico

Es una dicha el saber que hay una cura para la quebradura. Mucha gente contiene que sólo un cirujano con cuchillo y aguja puede volver á unir el lugar roto.



Sr. D. DEMETRIO LAGUNILLA

Pero la experiencia del Sr. D. Demetrio Lagunilla, Talleres de S. Martín, Santander, destruye completamente esta teoría. Hay un especialista en Londres que ha descubierto un maravilloso Método de tratamiento, que no sólo retiene toda clase de quebraduras sino que también hace que los músculos se unan. El Sr. Lagunilla supo esto é hizo la prueba y el resultado fué maravilloso.

Aunque de 60 años de edad y con una quebradura muy mala, el Sr. Lagunilla empezó en seguida la cura, y se curó perfectamente en un plazo notablemente corto. Hoy está bueno y alegre y completamente libre de la traza más ligera de su quebradura.

Doctor Leoncio Santos Ruano, Médico de Beneficencia y Forense, Certifica: Que Don Demetrio Lagunilla sufrió por muchos años de una quebradura crural en el lado derecho por la cual ha tenido que usar diferentes bragueros, pero convencido que él no podría curarse de este modo usó el aparato del Doctor W. S. Rice y el Desarrollante Lymphol, y por dicho tratamiento está ahora completamente curado no quedando la más ligera molestia, y así puede dedicarse á sus ocupaciones diarias.

A petición del interesado expido el presente certificado en Santander el 21 de Julio de 1911. (firma) Dr. S. Ruano.

El Sr. Lagunilla recomienda naturalmente este Método y su cura fué de gran interés entre sus amigos, muchos de los cuales estaban quebrados y que ahora también están en camino de una cura.

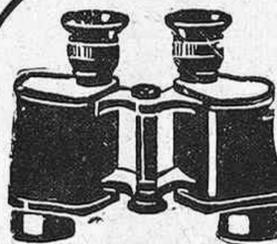
El Método es el descubrimiento del Doctor W. S. Rice, uno de los más conocidos especialistas del Mundo. Recientemente publicó un libro ilustrado acerca de la quebradura el cual enviará gratuitamente á todo el que lo solicite y con objeto de quitar de la mente del público el que la quebradura no puede curarse. Lo bueno de este método es la ausencia de todo dolor, inmunidad de peligro, no se necesita operación y no hay pérdida de tiempo en el trabajo diario. Es un método que bien merece su investigación. Escriba en seguida - hoy mismo - por el libro gratuito que explica claramente el método de cura y que es de inmenso valor á todos los quebrados ó que tienen amigos quebrados.

Dirección: Dr. W. S. RICE, S. 690. 8 & 9, Stonecutter Street, Londres, E.C., Inglaterra.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

LEITZ



GEMELOS PRISMATICOS

PARA
EJÉRCITO Y MARINA,
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE OPTICA Y POR

E. Leitz, Wetzlar (Alemania)



DATA DE 1849 PARIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el oútis limpio y terso
Casa CANDÈS B^e St-Denis, 16

AVISO Á LAS SENORAS

EL APÍOL DE LOS REYES
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ra} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

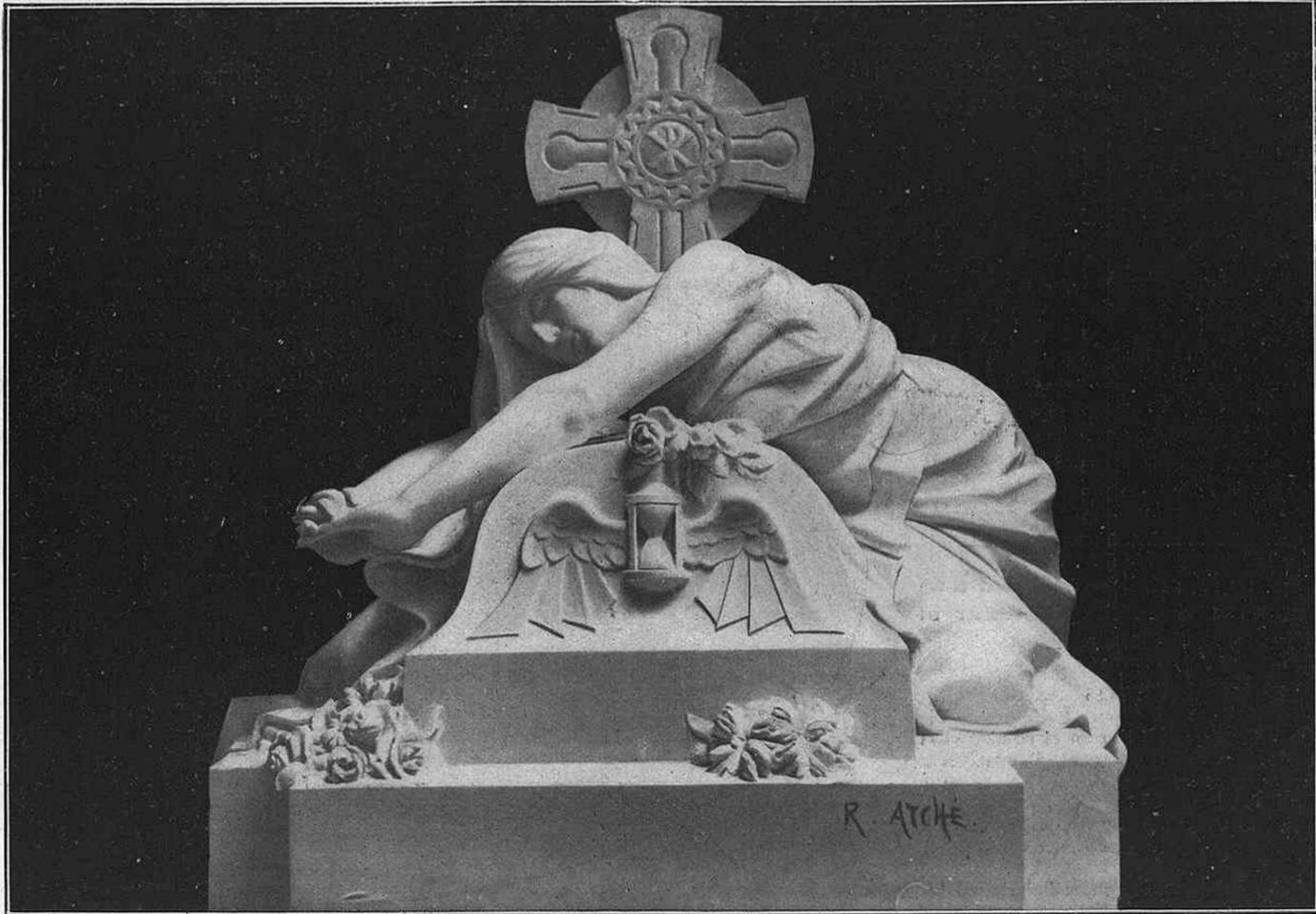
ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

DESOLACION, ESCULTURA DE R. ATCHÉ

Hay asuntos para tratar los cuales se requiere en el artista un gran talento, si no ha de caer en la exageración ó en el extremo opuesto, la frivolidad. El sentimiento del dolor, y más

desnaturalice la emoción que con ella se propuso despertar. Rafael Atché, el notable escultor barcelonés, muchas de cuyas producciones hemos reproducido en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dedicándoles los calurosos elogios que se merecen, ha sabido vencer esos obstáculos y evitar

hondo del alma, que nos abate, que no se exterioriza con ademanes desgarradores, sino que parece quitarnos todo aliento hasta para quejarnos y para llorar. En el rostro de esa mujer no se ven lágrimas, en su actitud no se advierte la menor violencia, y sin embargo, difícilmente podría encontrarse mayor



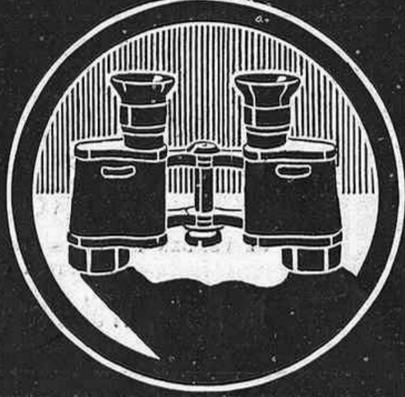
Desolación, escultura de R. Atché que figura en la tumba propiedad de D. José Sibils, en el cementerio de San Feliu de Guixols

si es el dolor producido por la muerte de seres amados, entrañará siempre este peligro que indicamos, y el que quiera darle forma habrá de luchar con grandes obstáculos para que su obra produzca el debido efecto en el ánimo de quienes la contemplan, huyendo de todo artificio y de todo efectismo que

aquel peligro en la hermosa escultura cuya reproducción adjunta publicamos. Esa figura materialmente desplomada sobre el máusoleo es la verdadera imagen de la Desolación; no es el dolor que se manifiesta en explosiones ruidosas, sino que es el dolor, más intenso todavía, que se concentra en lo más

fuerza de expresión que la que en ella admiramos; contemplando esa figura, sentimos que todo nuestro ser se comueve invadido por un sentimiento de tristeza y de piedad grandes. Cuando un artista logra este resultado, bien puede afirmarse que ha realizado una obra de arte verdaderamente buena

Las casas alemanas y austro-húngaras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA, pueden dirigirse á la agencia de publicidad Rudolf Mosse, en Berlín, Breslau, Dresde, Duseldorf, Francfort del Mein, Hamburgo, Colonia, Leipzig, Magdeburgo, Maguncia, Nuremberg, Stuttgart, Praga, Viena, Zurich.



ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo
Londres - París - San Petersburgo - Viena

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN